

PRÓLOGO

2007

Cuando él sale del baño ella está despierta, recostada contra las almohadas, hojeando los folletos de viaje que había junto a la cama. Viste una de las camisetas de él y su larga melena enmarañada evoca imágenes de la noche anterior. Él se queda ahí, disfrutando de ese breve recuerdo, mientras se seca el pelo con una toalla.

Ella alza la vista del folleto y hace un mohín. Es tal vez un poco demasiado mayor para hacer mohínes, pero llevan saliendo tan poco tiempo que aún resulta encantador.

—¿De verdad tenemos que hacer senderismo por las montañas o lanzarnos por barrancos? Son las primeras vacaciones de verdad que pasamos juntos y aquí no hay ni un solo viaje, literalmente, que no implique arrojarse de algún lugar o... —finge que la recorre un escalofrío—, o llevar forro polar.

Tira los folletos sobre la cama y estira unos brazos color caramelo sobre la cabeza. Tiene la voz ronca, legado de esas horas de sueño perdidas.

—¿Qué tal un balneario de lujo en Bali? Podríamos tumbarnos sobre la arena..., pasar las horas como reyes..., noches largas y relajantes.

—Soy incompatible con ese tipo de vacaciones. Necesito hacer algo.

—Como lanzarte de un avión.

—No lo descartes hasta haberlo probado.

Ella hace una mueca.

—Si no te importa, creo que voy a seguir descartándolo.

La camisa de él está ligeramente húmeda contra la piel. Se pasa un peine por el pelo y enciende el teléfono móvil; se le cripa el rostro al ver la lista de mensajes que lo asaltan desde esa pantalla diminuta.

—Vale —dice—. Tengo que irme. Desayuna lo que quieras. —Se apoya en la cama para besarla. El aroma de ella es cálido y fragante y muy sensual. Lo respira en su nuca y por un momento se olvida de lo que estaba pensando cuando ella le pasa los brazos alrededor del cuello y tira de él hacia la cama.

—¿Aún está en pie lo del fin de semana?

Él se desprende de los brazos de ella de mala gana.

—Depende de lo que pase con este trato. Ahora mismo está todo un poco en el aire. Todavía existe la posibilidad de que tenga que ir a Nueva York. De todos modos, ¿una buena cena este jueves? Tú escoges el restaurante. —La cazadora de cuero de motorista cuelga de la puerta y él la coge.

Ella entrecierra los ojos.

—Cena. ¿Con o sin el señor BlackBerry?

—¿Qué?

—El señor BlackBerry me hace sentir la señorita Blackberrinche. —Una vez más, el mohín—. Es como si hubiera siempre una tercera persona tratando de acaparar tu atención.

—Lo pondré en silencio.

— ¡Will Traynor! — le regaña ella —. Tiene que haber momentos en que puedas apagarlo.

— Lo apagué anoche, ¿no?

— Solo bajo coacción extrema.

Él sonríe.

— ¿Así se dice ahora? — Se pone los pantalones de cuero. Y el dominio de Lissa sobre su imaginación al fin cesa. Se echa la cazadora al brazo y le manda un beso al salir.

Hay veintidós mensajes en su BlackBerry, el primero de los cuales llegó de Nueva York a las 3.42 de la mañana. Algún problema legal. Baja en ascensor al garaje mientras intenta ponerse al día con las noticias de la noche.

— Buenos días, señor Traynor.

El guarda de seguridad sale de un cubículo que ofrece protección contra la intemperie, aunque en el garaje no hay necesidad de refugiarse de las inclemencias del tiempo. A veces Will se pregunta qué hará el guarda ahí abajo durante la madrugada, mirando la televisión de circuito cerrado y los para-choques resplandecientes de esos automóviles de sesenta mil libras que nunca están sucios.

Will se enfunda la cazadora.

— ¿Cómo va todo, Mick?

— Terrible. Llueve a cántaros.

Will se detiene.

— ¿De verdad? ¿No hace día para ir en moto?

Mick niega con la cabeza.

— No, señor. A menos que tenga un compartimento hinchable. O que desee morir.

Will se queda mirando la moto, tras lo cual se desprende de las prendas de cuero. A pesar de lo que piense Lissa, no es dado a asumir riesgos innecesarios. Abre el baúl de la moto y guarda la ropa, lo cierra y arroja las llaves a Mick, quien las atrapa al vuelo con una mano.

—Mételas bajo la puerta, ¿vale?

—Cómo no. ¿Quiere que le llame un taxi?

—No. No tiene sentido que nos empapemos los dos.

Mick pulsa el botón que abre la reja automática y Will sale, con la mano levantada para darle las gracias. A su alrededor, el comienzo de la mañana es lóbrego y tormentoso, y el tráfico de Londres ya es lento y denso a pesar de que son solo las siete y media. Se sube el cuello y avanza a zancadas por la calle hacia el cruce, donde es más probable encontrar un taxi. Las calles están resbaladizas por el agua y una luz grisácea brilla en el reflejo de las aceras.

Maldice entre dientes al ver a otras personas trajeadas de pie al borde de la acera. ¿Desde cuándo madrugan tanto todos los londinenses? Todo el mundo ha tenido la misma idea.

Mientras se pregunta dónde debería situarse, suena el teléfono. Es Rupert.

—Voy de camino. Estoy intentando coger un taxi. —Ve un taxi con una luz naranja que se aproxima por el otro lado de la calle y comienza a acercarse a él a zancadas, con la esperanza de que nadie más lo haya visto. Un autobús pasa ruidoso, seguido de un camión cuyos frenos chirrían y le impiden oír las palabras de Rupert.

—No te oigo, Rupert —grita contra el ruido del tráfico—. Dilo otra vez. —Perdido por un momento en la isla, con el tráfico que lo rodea igual que una corriente, ve la luz naranja que resplandece y levanta la mano libre, con la esperanza de que el taxista lo vea en medio de esa lluvia torrencial.

—Tienes que llamar a Jeff, a Nueva York. Aún está despierto, esperándote. Intentamos hablar contigo anoche.

—¿Cuál es el problema?

—Un barullo legal. Dos cláusulas en las que están atascados bajo la sección..., firmas..., papeles. —Su voz se pierde por un coche que pasa, y cuyas ruedas rechinan en el asfalto mojado.

—No te he entendido.

El taxista lo ha visto. Reduce la marcha y lanza un buen chorro de agua al detenerse al otro lado de la calle. Will observa al hombre cuya breve carrera se interrumpe con gesto decepcionado al comprobar que Will va a llegar antes que él. Siente una secreta sensación de triunfo.

—Mira, que Cally tenga todo el papeleo listo en mi escritorio —grita—. Llego en diez minutos.

Echa un vistazo a ambos lados y agacha la cabeza al correr los últimos pasos hacia el taxi, al otro lado de la calle, con la palabra «Blackfriars» ya en los labios. Va a estar empapado cuando llegue al despacho, a pesar de la poca distancia que ha caminado. Tal vez tenga que enviar a su secretaria en busca de otra camisa.

—Y necesitamos resolver esta diligencia antes de que llegue Martin...

Echa un vistazo al oír un ruido estridente, el grosero bramido de un claxon. Ve el lado del taxi negro y reluciente frente a él, al taxista, que ya baja la ventanilla, y, en los confines de su campo visual, algo que no comprende del todo, algo que se aproxima a él a una velocidad imposible.

Se gira hacia el ruido y en ese instante fugaz se da cuenta de que está en su camino, que no hay manera de salir de su trayectoria. Su mano se abre sorprendida, dejando que la BlackBerry caiga al suelo. Oye un grito, que tal vez sea suyo. Lo último que ve es un guante de cuero, una cara bajo el casco, un asombro en los ojos del hombre que refleja su propio asombro. Hay una explosión mientras todo estalla en fragmentos.

Y luego no hay nada.

1

2009

*H*ay ciento cincuenta y ocho pasos entre la parada del autobús y la casa, pero pueden llegar a ser ciento ochenta si se camina sin prisa, como al llevar zapatos de plataforma. O zapatos comprados en una tienda de beneficencia que lucen mariposas en los dedos pero quedan sueltos en los talones, lo cual explica ese precio bajísimo de 1,99 libras. Di la vuelta a la esquina de nuestra calle (sesenta y ocho pasos) y vi la casa: un adosado de cuatro habitaciones en medio de una hilera de adosados de tres y cuatro habitaciones. El coche de mi padre estaba fuera, lo que significaba que aún no había ido a trabajar.

A mi espalda, el sol se ponía detrás del castillo de Stortfold, y su sombra oscura se extendía colina abajo, como cera derretida que trataba de alcanzarme. Cuando era niña solíamos jugar a que nuestras sombras alargadas se enzarzaban en tiroteos, la calle convertida en el O.K. Corral. Un día diferente os podría haber contado las cosas que me habían ocurrido en este

trayecto: dónde me enseñó mi padre a montar en bicicleta sin ruedines; dónde la señora Doherty, con esa peluca ladeada, solía hacernos tartas galesas; dónde Treena metió la mano en un seto cuando tenía once años y se topó con un nido de avispas y salimos corriendo y gritando de vuelta al castillo.

El triciclo de Thomas estaba tirado en el camino y, al cerrar la puerta detrás de mí, lo arrastré hasta el porche y abrí la puerta. El aire cálido me golpeó con la fuerza de un airbag; mi madre es una mártir del frío y mantiene la calefacción encendida todo el año. Mi padre se pasa el día abriendo ventanas y quejándose de que nos va a arruinar a todos. Dice que nuestras facturas del gas superan el producto interior bruto de un país africano pequeño.

—¿Eres tú, cielo?

—Sí. —Colgué la chaqueta en el perchero, donde luchó por encontrar espacio entre las otras.

—¿Qué tú? ¿Lou? ¿Treena?

—Lou.

Eché un vistazo por la puerta del salón. Mi padre apareció tumbado boca abajo en el sofá, con el brazo hundido entre los cojines, como si se lo hubieran tragado por completo. Thomas, mi sobrino de cinco años, estaba de cuclillas y lo observaba absorto.

—Lego. —Mi padre volvió hacia mí la cara, amoratada por el esfuerzo—. Nunca sabré por qué diablos hacen las piezas tan pequeñas. ¿Has visto el brazo izquierdo de Obi-Wan Kenobi?

—Estaba encima del DVD. Creo que Thomas cambió los brazos de Obi con los de Indiana Jones.

—Bueno, al parecer Obi ya no puede tener los brazos claros. Hay que encontrar los negros.

—No te preocupes. ¿Acaso no arrancan el brazo a Darth Vader en el episodio dos? —Me señalé la mejilla para que Thomas me diera un beso—. ¿Dónde está mamá?

—Arriba. ¡Mira! Una moneda de dos libras.

Alcé la vista. Oí el familiar murmullo de la tabla de planchar. Josie Clark, mi madre, no se sentaba nunca. Era una cuestión de honor. Una vez pintó las ventanas de fuera de pie en las escaleras, con pausas ocasionales para saludar a algún vecino, mientras el resto de nosotros cenábamos asado.

—¿Podrías intentar encontrarme ese maldito brazo? Me ha hecho buscarlo media hora y tengo que prepararme para ir al trabajo.

—¿Tienes turno de noche?

—Sí. Ya son las cinco y media.

Eché una mirada al reloj.

—En realidad, son las cuatro y media.

Mi padre sacó el brazo de entre los cojines y miró el reloj.

—Entonces, ¿qué haces en casa tan temprano?

Negué con la cabeza, vagamente, como si no hubiera comprendido bien la pregunta, y entré en la cocina.

El abuelo estaba sentado en su silla, junto a la ventana, estudiando un sudoku. El auxiliar sanitario nos había dicho que sería bueno para su concentración, que le ayudaría a prestar atención tras el derrame cerebral. Yo sospechaba que nadie más notaba que solo rellenaba las casillas con el primer número que se le ocurría.

—Hola, abuelo. —Alzó la vista y sonrió—. ¿Quieres una taza de té? —Negó con la cabeza y abrió parcialmente la boca—. ¿Una bebida fría?

Asintió.

Abrí la puerta de la nevera.

—No hay zumo de manzana. —El zumo de manzana, recordé, era demasiado caro—. ¿Ribena? —Negó con la cabeza—. ¿Agua?

Asintió y murmuró algo que tal vez fuera gracias cuando le di el vaso.

Mi madre entró en la cocina, con una cesta enorme de ropa limpia y cuidadosamente doblada.

—¿Son tuyos? —Ondeó un par de calcetines.

—De Treena, creo.

—Eso pensaba. Qué color más raro. Creo que se deben de haber mezclado con el pijama ciruela de papá. Has vuelto pronto. ¿Vas a algún lado?

—No. —Llené un vaso con agua del grifo y me lo bebí.

—¿Va a venir Patrick luego? Llamó antes. ¿Tenías el móvil apagado?

—Mm.

—Dijo que quería hacer las reservas de las vacaciones. Tu padre dice que vio algo en la televisión al respecto. ¿Adónde querías ir? ¿Ipsos? ¿Calipso?

—Eskiatos.

—Esa misma. Tenéis que mirar el hotel con mucha atención. Hazlo por Internet. Tu padre y él vieron algo en las noticias del mediodía. Al parecer, la mitad de esos lugares baratos están de obras, y no te enterarías hasta llegar ahí. Papá, ¿quieres una taza de té? ¿No te ofreció una Lou? —Puso la tetera en el fuego y luego me miró. Es posible que al fin reparara en que yo no había dicho nada—. ¿Estás bien, cielo? Estás muy pálida.

Estiró el brazo y me palpó la frente, como si yo fuera una niña en vez de tener veintiséis años.

—No creo que vayamos de vacaciones.

La mano de mi madre se quedó paralizada. Su mirada adquirió esa cualidad de rayos X que tenía desde que yo era niña.

—¿Tenéis problemas, Pat y tú?

—Mamá, yo...

—No intento meterme donde no me llaman. Es solo que lleváis juntos muchísimo tiempo. Es natural si las cosas se vuel-

ven un poco complicadas de vez en cuando. Es decir, tu padre y yo...

— Me he quedado sin trabajo.

Mi voz cortó el silencio. Las palabras se quedaron ahí, colgadas del aire, calcinando esa pequeña cocina incluso mucho después de que cesara el sonido.

— ¿Tú qué?

— Frank va a cerrar el café. A partir de mañana. — Extendí la mano con el sobre un poco húmedo que había agarrado durante todo el camino a casa, conmocionada. Todos los 180 pasos desde la parada del autobús—. Me ha pagado tres meses.

El día había comenzado como cualquier otro. Todas las personas a las que conocía odiaban las mañanas del lunes, pero a mí no me molestaban. Me gustaba llegar temprano a The Buttered Bun, encender la enorme tetera de la esquina, traer del patio las cajas de leche y pan y charlar con Frank mientras nos preparábamos para abrir.

Me gustaban la calidez y el recargado aroma a beicon de la cafetería, las breves ráfagas de aire fresco según la puerta se abría o se cerraba, los bajos murmullos de las conversaciones y, cuando todo estaba en silencio, la radio de Frank, que tocaba para sí misma en un rincón. No era un lugar a la moda: las paredes estaban cubiertas de escenas del castillo en la colina, las mesas aún lucían tableros de formica y el menú no había variado desde que comencé a trabajar ahí, aparte de unos leves cambios en la selección de chocolatinas y la incorporación de *brownies* de chocolate y *muffins* a la bandeja de la bollería.

Pero, sobre todo, me gustaban los clientes. Me gustaba ver a Kev y Angelo, los fontaneros, que venían casi todas las mañanas y le tomaban el pelo a Frank acerca de la procedencia de la carne de sus platos. Me gustaba ver a la Dama del Diente

de León, a la que llamábamos así por esa mata de pelo cano, que comía un huevo con patatas fritas de lunes a jueves y leía los periódicos del local mientras se tomaba su tiempo para beber dos tazas de té. Yo siempre hacía un esfuerzo por conversar con ella. Sospechaba que sería la única conversación que entablaría la pobre mujer en todo el día.

Me gustaba ver a los turistas, que acudían al subir o al bajar del castillo; a los colegiales chillones, que se venían al acabar el colegio; a los clientes habituales de las oficinas de la calle; y a Nina y a Cherie, las peluqueras, que conocían el contenido calórico de hasta el último producto de The Buttered Bun. Ni siquiera los clientes molestos, como esa pelirroja que tenía una juguetería y discutía por el cambio al menos una vez a la semana, me irritaban.

Vi empezar y acabar relaciones entre esas mesas, niños que iban y venían entre divorciados, el alivio culpable de esos padres incapaces de cocinar y el placer secreto de los jubilados ante un desayuno de frituras. Toda la vida humana se congregaba aquí, y casi todos compartían unas palabras conmigo, bromas o comentarios sobre las tazas de té humeante. Mi padre siempre decía que no sabía qué iba a salir de mi boca, pero en el café no importaba.

Yo le caía bien a Frank. Era un hombre de carácter silencioso y decía que tenerme ahí creaba un buen ambiente en el local. Era un poco como ser camarera en un bar, pero sin la pesadez de los borrachos.

Y entonces, esa tarde, después del ajetreo de la hora de la comida, con el local vacío durante un momento, Frank, que se limpiaba las manos sobre el delantal, salió de los fogones y dio la vuelta al pequeño cartel de CERRADO.

—Vaya, Frank, ya te lo he dicho antes. No se incluyen horas extras en el salario mínimo. —Frank estaba, como diría mi padre, más raro que un ñu azul. Alcé la vista.

Frank no sonreía.

—Ay, no. No he vuelto a poner sal en los azucareros, ¿verdad?

Frank retorció una servilleta entre las manos: nunca lo había visto con un aspecto tan incómodo. Me pregunté por un momento si alguien se había quejado de mí. Y entonces me pidió que me sentara con un gesto.

—Lo siento, Louisa —dijo después de contármelo—. Pero voy a volver a Australia. Mi padre no está muy bien y parece que el castillo va a empezar a servir sus propios refrescos. Tenemos los días contados.

Creo que me quedé sentada ahí con la boca abierta de par en par. Y entonces Frank me entregó el sobre y respondió a mi siguiente pregunta antes de que saliera de entre mis labios.

—Sé que no teníamos..., ya sabes, un contrato formal ni nada de eso, pero quería cuidar de ti. Ahí dentro tienes la paga de tres meses. Cerramos mañana.

—¡Tres meses! —explotó mi padre, mientras mi madre me ponía una taza de té dulce entre las manos—. Vaya, qué generoso, teniendo en cuenta que ha trabajado como una esclava ahí durante seis años.

—Bernard. —Mamá le lanzó una mirada de advertencia, señalando a Thomas con la cabeza. Todos los días mis padres cuidaban de él después de la escuela, hasta que Treena salía del trabajo.

—¿Qué diablos se supone que va a hacer ahora? Le podría haber avisado antes, no el día anterior.

—Bueno... Tendrá que buscar otro trabajo, eso es todo.

—No hay trabajos, Josie. Lo sabes tan bien como yo. Estamos en medio de una recesión de mierda.

Mi madre cerró los ojos un momento, como si tratara de recuperar la compostura antes de hablar.

—Es una chica lista. Va a encontrar algo. Tiene un buen historial laboral, ¿o no? Frank le va a dar referencias favorables.

—Oh, qué maravilloso... «Louisa Clark es una experta en untar tostadas y tiene muy buena mano con la tetera».

—Gracias por el voto de confianza, papá.

—Es que es así.

Yo conocía la verdadera razón de la ansiedad de mi padre. Dependían de mi salario. Treena no ganaba prácticamente nada en la floristería. Mamá no podía trabajar, pues tenía que cuidar del abuelo, y la pensión del abuelo no daba para casi nada. Mi padre vivía en un estado de inquietud permanente respecto a su empleo en la fábrica de muebles. Su jefe llevaba meses farfullando sobre posibles despidos. En casa había constantes murmullos acerca de las deudas y de los malabarrismos con las tarjetas de crédito. El coche de mi padre quedó reducido a chatarra por culpa de un conductor sin seguro hacía dos años y eso había bastado para derrumbar todo el precario edificio que eran las finanzas de mis padres. Mi modesto salario había sido el pequeño puntal de la vida doméstica, suficiente para que la familia viviera de semana en semana.

—No perdamos la cabeza. Puede ir a la Oficina de Empleo mañana mismo a ver qué ofertas hay. Con lo que tiene se las puede apañar por ahora. —Hablaban como si yo no estuviera ahí—. Y es inteligente. Eres inteligente, ¿a que sí, cielo? Tal vez podría hacer un curso de mecanografía. Encontrar algo en una oficina.

Me quedé allí sentada, mientras mis padres sopesaban a qué otros trabajos podría aspirar con mis limitadas cualificaciones. Un puesto en una fábrica, operaria, pastelera. Por primera vez esa tarde, me entraron ganas de llorar. Thomas me observó con esos ojos redondos y enormes, y en silencio me dio la mitad de una galleta empapada.

—Gracias, Tommo —dibujé las palabras con los labios, y me la comí.

Estaba en el club de atletismo, como me esperaba. De lunes a jueves, con la puntualidad del horario de un tren, Patrick iba al gimnasio o corría por la pista de atletismo bajo la luz de los focos. Bajé por las escaleras, abrazándome contra el frío, y caminé despacio hasta la pista. Lo saludé con la mano cuando se aproximó lo suficiente como para verme.

—Corre conmigo —jadeó al acercarse. Su aliento dibujaba nubes pálidas—. Me quedan cuatro vueltas.

Dudé por un momento, tras lo cual comencé a correr junto a él. Era la única manera en que íbamos a poder mantener una conversación. Llevaba puestas las deportivas rosas de cordones azul turquesa, el único calzado que tenía para correr.

Había pasado el día en casa, intentando ser útil. Imagino que no pasó ni una hora antes de que le empezara a estorbar a mi madre. Mamá y el abuelo tenían sus costumbres y mi presencia las interrumpía. Mi padre dormía, ya que ese mes trabajaba por la noche, y no había que molestarlo. Ordené mi habitación, me senté y vi la televisión con el sonido apagado, y cuando recordaba, con frecuencia, por qué estaba en casa en pleno día sentía un breve dolor en el pecho.

—No te esperaba.

—Me harté de estar en casa. Pensé que tal vez podríamos hacer algo.

Me miró de reojo. Una fina capa de sudor le cubría el rostro.

—Cuanto antes encuentres otro trabajo, preciosa, mejor.

—No han pasado ni veinticuatro horas desde que perdí el último. ¿Es que no puedo estar ni un rato triste y decaída? Ya sabes, solo por hoy.

—Pero tienes que mirar el lado bueno. Sabías que no ibas a trabajar ahí para siempre. Tienes que ir hacia delante, hacia arriba. —Patrick había recibido el galardón al Joven Emprendedor del Año en Stortfold hacía dos años y todavía no se había recuperado de semejante honor. Ahora tenía un socio, Ginger Pete, junto a quien ofrecía sesiones de entrenamiento personal en un área de unos sesenta y cinco kilómetros, y dos furgonetas con el logo de la empresa. También tenía una pizarra en el despacho, en la cual le gustaba garabatear las previsiones con gruesos rotuladores negros, haciendo y rehaciendo las cifras hasta que se quedaba satisfecho. Nunca llegué a saber si guardaban alguna relación con la vida real.

—Un despido tiene el potencial de cambiar la vida de la gente, Lou. —Miró el reloj para comprobar cuánto había durado la vuelta—. ¿Qué quieres hacer? Podrías volver a estudiar. Estoy seguro de que hay becas para gente como tú.

—¿Gente como yo?

—Gente que busca una nueva oportunidad. ¿Qué quieres ser? Podrías ser esteticista. Eres lo bastante bonita. —Me dio con el codo, como si debiera estar agradecida por ese cumplido.

—Ya conoces mi método de belleza. Jabón, agua y, de vez en cuando, una bolsa de papel para taparme la cabeza.

Patrick empezaba a mostrarse exasperado.

Me iba quedando atrás. Detesto correr. Lo detesté a él por no aminorar el ritmo.

—Mira... Dependienta. Secretaria. Agente inmobiliaria. No lo sé... Algo habrá que quieras hacer.

Pero no lo había. Me gustaba la cafetería. Me gustaba saber todo lo que había que saber sobre The Buttered Bun y escuchar acerca de la vida de las personas que lo frecuentaban. Estaba cómoda ahí.

—No puedes pasarte el día de morros. Tienes que superponerte. Los mejores emprendedores luchan por salir del hoyo.

Jeffrey Archer lo hizo. Y Richard Branson. —Me dio unos golpecitos en el brazo, para que no me quedara atrás.

—Dudo mucho que a Jeffrey Archer lo echaran de un trabajo por quemar un bollo. —Me había quedado sin aliento. Y no llevaba el sostén adecuado. Me paré y apoyé las manos en las rodillas.

Él se dio la vuelta, corriendo hacia atrás, y su voz arrastraba el aire frío y quieto.

—Pero si lo hubieran despedido... Es lo que digo. Consúltalo con la almohada, ponte un traje elegante y ve a la Oficina de Empleo. O te entreno para que trabajes conmigo, si quieres. Ya sabes que se gana dinero. Y no te preocupes por las vacaciones. Te las pagaré.

Le sonreí.

Me lanzó un beso y su voz retumbó en el estadio vacío.

—Ya me lo devolverás cuando te vaya mejor.

Presenté mi primera petición para el subsidio de solicitantes de empleo. Asistí a una entrevista de cuarenta y cinco minutos y a una entrevista en grupo, donde me senté junto a unos veinte hombres y mujeres que no tenían nada en común, la mitad de los cuales mostraba la misma expresión aturdida que probablemente se veía en mi cara, mientras que la otra mitad tenía el semblante inexpresivo y aburrido de las personas que habían estado aquí demasiadas veces. Yo iba vestida con lo que mi padre llamaba mi ropa «de civil».

Como resultado de estos esfuerzos, soporté un breve periodo reemplazando a alguien en el turno nocturno de una fábrica de procesados de pollo (tuve pesadillas durante semanas) y dos días en una sesión orientativa como asesora de energía doméstica. Enseguida comprendí que me estaban enseñando a embaucar a ancianos para que cambiaran de suministrador

eléctrico y le dije a Syed, mi «asesor» personal, que era incapaz de hacerlo. Syed insistió en que continuara, así que enumeré algunas de las prácticas que me habían pedido que empleara, momento en el cual se quedó callado un rato y sugirió que intentáramos (siempre hablaba en plural aunque era evidente que uno de nosotros *ya* tenía trabajo) algo diferente.

Pasé dos semanas en una cadena de comida rápida. El horario no estaba mal, podía aguantar ese uniforme que me electrizaba el pelo, pero me resultó imposible seguir el guion de las «respuestas correctas», con sus «¿En qué puedo ayudarle hoy?» y «¿Quiere una ración de patatas grande?». Me despidieron cuando una de las muchachas me sorprendió debatiendo sobre las cualidades dispares de los juguetes gratuitos con una niña de cuatro años. ¿Qué puedo decir? Era una niña lista. Yo también pensaba que las Bellas Durmientes eran muy cursis.

Ahora estaba sentada en mi cuarta entrevista mientras Syed rastreaba la pantalla táctil en busca de nuevas «oportunidades» laborales. Incluso Syed, que tenía la actitud optimista de quien había encontrado trabajo para los candidatos más inverosímiles, comenzaba a parecer un poco cansado.

—Hum... ¿Has pensado en formar parte de la industria del entretenimiento?

—¿Qué? ¿Haciendo de mimo?

—En realidad, no. Pero hay un puesto para una bailarina de barra americana. Varios, de hecho.

Alcé una ceja.

—Por favor, dime que estás bromeando.

—Son treinta horas a la semana como autónoma. Creo que las propinas son buenas.

—Por favor, por favor, dime que no acabas de aconsejarme un trabajo que consiste en desfilas frente a un montón de desconocidos en ropa interior.

—Dijiste que se te daba bien tratar con la gente. Y parece que te gusta la ropa... teatral. —Eché un vistazo a mis leotardos, verdes y brillantes.

Pensé que me animarían. Thomas me tarareó la canción de *La sirenita* durante casi todo el desayuno.

Syed tecleó algo en el ordenador.

—¿Y supervisora de una línea de *chat* para adultos?

Me quedé mirándolo. Él se encogió de hombros.

—Dijiste que te gustaba hablar con la gente.

—No. Y no a camarera semidesnuda. Ni masajista. Ni operadora de webcam. Vamos, Syed. Tiene que haber algo que pueda hacer sin que le dé un infarto a mi padre.

Esto pareció abatirlo.

—No queda gran cosa aparte de algunas oportunidades de horario flexible en tiendas.

—¿Reponedora con turno de noche? —Ya había estado ahí tantas veces que hablaba su idioma.

—Hay una lista de espera. Los padres tienden a presentarse porque es compatible con el horario escolar —dijo en tono de disculpa. Estudió la pantalla de nuevo—. Así que solo nos queda cuidadora.

—O sea, ¿limpiar el culo a viejos?

—Me temo, Louisa, que tu formación no da para mucho más. Si quisieras estudiar de nuevo, yo estaría encantado de ofrecerte mis consejos. Hay muchos cursos en el centro de educación para adultos.

—Pero ya lo hemos hablado, Syed. Si lo hago, pierdo el dinero del subsidio, ¿verdad?

—Si no estás disponible para trabajar, sí.

Nos sentamos en silencio durante un momento. Miré a la puerta, donde había dos fornidos guardias. Me pregunté si habían encontrado ese trabajo en la Oficina de Empleo.

—No se me dan bien los ancianos, Syed. Mi abuelo vive en casa desde su derrame cerebral y no puedo con él.

—Ah. Entonces, tienes algo de experiencia como cuidadora.

—En realidad, no. Mi madre le hace todo.

—¿Quiere tu madre un trabajo?

—Qué gracioso.

—No intento ser gracioso.

—¿Y quedarme yo cuidando a mi abuelo? No, gracias. De parte de él también, por cierto. ¿No hay nada en cafeterías?

—No creo que haya bastantes cafeterías para garantizarte un empleo, Louisa. Podríamos intentar en Kentucky Fried Chicken. Tal vez se te dé mejor.

—¿Porque se me daría mucho mejor ofrecer un Bucket de esos que un McNugget de pollo? No lo creo.

—Bueno, entonces tal vez tengamos que mirar más lejos.

—Solo hay cuatro autobuses que salen del pueblo. Ya lo sabes. Y sé que dijiste que debería considerar los autobuses de turistas, pero llamé a la estación y cierra a las cinco de la tarde. Además, son el doble de caros que un autobús normal.

Syed se recostó en su asiento.

—A estas alturas del proceso, Louisa, debo hacer hincapié en que, al ser una persona sana y sin discapacidades, para seguir teniendo derecho al subsidio debes...

—... mostrar que estoy intentando conseguir trabajo, lo sé.

¿Cómo explicar a este hombre lo mucho que deseaba trabajar? ¿Acaso tenía la menor idea de cuánto echaba de menos mi anterior empleo? El paro era una idea, algo de lo que se hablaba incansablemente en las noticias en relación con astilleros o fábricas de coches. Ni se me había pasado por la cabeza que era posible echar de menos un trabajo igual que se echa en falta una pierna o un brazo: como algo constante y reflejo. No

había pensado que, además de los temores obvios respecto al dinero y el futuro, perder un trabajo te hacía sentir incompetente, un poco inútil. Que sería más difícil levantarse por las mañanas que cuando el implacable despertador te arrancaba del sueño. Que echarías de menos a la gente con la que trabajabas, a pesar de lo poco que tuvieses en común con ellos. O que incluso buscarías rostros familiares al caminar por la calle. La primera vez que vi a la Dama del Diente de León paseando ante las tiendas, con el mismo aspecto desvalido que tenía yo, tuve que contener el impulso de ir a darle un abrazo.

La voz de Syed me sacó de mi ensimismamiento.

—Ajá. Tal vez esto funcione.

Intenté echar un vistazo a la pantalla.

—Acaba de llegar. Ni hace un minuto. Un empleo de cuidadora.

—Ya te he dicho que no se me dan bien...

—No se trata de ancianos. Es... un puesto privado. Para ayudar en la casa de alguien, y la dirección está a menos de tres kilómetros de tu casa. «Ofrecer cuidados y compañía a un discapacitado». ¿Sabes conducir?

—Sí. Pero ¿tendría que limpiarle el...?

—No hace falta limpiar culos, por lo que veo. —Recorrió la pantalla con la vista—. Es un... tetrapléjico. Necesita a alguien durante el día para ayudarlo a comer. En estos trabajos a menudo se trata de estar ahí cuando quieren ir a algún lado, para ayudarlos con cosas básicas que no son capaces de hacer por sí mismos. Oh. Pagan bien. Mucho más que el salario mínimo.

—Eso es probablemente porque hay que limpiarle el culo.

—Voy a llamar para confirmar que no hay que limpiar culos. Pero, si ese es el caso, ¿irías a la entrevista?

Lo dijo como si fuera una pregunta.

Pero los dos sabíamos la respuesta.
Suspiré y recogí mis cosas, lista para volver a casa.

—Dios santo —dijo mi padre—. ¿Te lo imaginas? Como si acabar en una silla de ruedas no fuera ya castigo suficiente, luego aparece Lou para hacerte compañía.

—¡Bernard! —le regañó mi madre.

Detrás de mí, el abuelo se reía ante su taza de té.

No soy tonta. Me gustaría dejarlo claro ya mismo. Pero es muy difícil no sentir carencias en el Departamento de Neuronas Cerebrales al crecer junto a una hermana pequeña a quien no solo adelantaron un curso para ponerla en mi clase, sino que encima avanzó al curso siguiente.

Todo lo que era razonable o inteligente lo hacía Katrina en primer lugar, a pesar de ser dieciocho meses más joven que yo. Todos los libros que yo leía ya los había leído ella primero, todas las noticias que yo mencionaba durante la cena ya las sabía ella. Es la única persona que conozco a quien de verdad le gusta hacer exámenes. A veces pienso que me visto como me visto porque lo único que Treena no sabe hacer es vestirse bien. Es una de esas chicas de vaqueros con camiseta. Su idea de la elegancia consiste en plancharse los vaqueros.

Mi padre dice que soy un personaje porque tiendo a decir lo primero que se me viene a la cabeza. Dice que soy como mi tía Lily, a quien no llegué a conocer. Es un poco raro ser comparada sin cesar con alguien a quien no has conocido. Si bajo por las escaleras con botas de color púrpura, mi padre hace

un gesto a mi madre y dice: «¿Te acuerdas de la tía Lily y sus botas de color púrpura?», y mi madre chasquea la lengua y comienza a reír como si le hubieran contado un chiste privado. Mi madre dice que soy todo un carácter, que es su forma educada de no comprender por qué me visto así.

Pero, sin contar con un breve periodo de mi adolescencia, jamás he querido asemejarme a Treena, ni a las otras chicas del colegio; preferí la ropa de chico hasta los catorce años, y ahora tiendo a dejarme llevar por mis gustos, según mi estado de ánimo de cada día. No tiene sentido que intente parecer convencional. Soy baja, morena y, según mi padre, tengo cara de elfo. Y no se refiere a la «belleza élfica». No soy fea, pero creo que nadie me va a llamar nunca guapa. No cuento con esa grácil cualidad. Patrick me dice que soy preciosa cuando quiere que me abra de piernas, pero él es así de transparente. Nos conocemos desde hace casi siete años.

Tenía veintiséis años y no sabía quién era. Hasta que perdí el trabajo ni siquiera me lo había planteado. Suponía que probablemente me casaría con Patrick, que tendría unos cuantos hijos, que viviría a unas calles del lugar donde siempre había vivido. Aparte de un gusto exótico en cuestiones de ropa y de ser un poco baja, no había gran cosa que me diferenciase de cualquier persona con quien me cruzaba por la calle. Probablemente, no me mirarías dos veces. Una muchacha del montón, que llevaba una vida corriente. En realidad, me iba bien así.

—A una entrevista tienes que ir trajeada —insistió mi madre—. La gente es demasiado informal estos días.

—Porque llevar un traje oscuro a rayas es esencial si voy a dar de comer a un vejstorio.

—No te hagas la listilla.

—No puedo comprarme un traje. ¿Y si no me dan el trabajo?

—Puedes llevar el mío, y te voy a planchar una bonita blusa azul, y por una vez no te recojas el pelo con esas — señaló con un gesto mi pelo, que estaba, como de costumbre, enroscado en dos nudos negros a cada lado de la cabeza — cosas de princesa Leia. Intenta parecer una persona normal.

Sabía que no era buena idea discutir con mi madre. Y noté que mi padre había recibido instrucciones para no hacer comentarios acerca de mi ropa cuando salí de casa, caminando con torpeza en esa falda demasiado ajustada.

—Adiós, cielo — dijo, con un temblor en las comisuras de la boca —. Buena suerte. Tienes un aspecto muy... profesional.

Lo bochornoso no es que yo vistiera un traje de mi madre o que ese corte hubiera dejado de estar de moda en los años ochenta, sino que me quedara un poco pequeño. Sentí que la cinturilla se me clavaba en el estómago y tiré de la chaqueta cruzada. Como mi padre solía decir de mi madre, hay más grasa en una horquilla.

Me senté en el corto trayecto de autobús, un poco mareada. No había ido antes a una entrevista de trabajo de verdad. Empecé en *The Buttered Bun* cuando Treena apostó a que no lograría encontrar trabajo en un día. Entré y pregunté a Frank si necesitaba que le echaran una mano. Era el primer día del café y Frank pareció casi cegado por la gratitud.

Ahora, al pensar en ello, ni siquiera recuerdo haber hablado con él acerca de dinero. Frank sugirió una paga semanal, yo estuve de acuerdo y una vez al año me decía que la había subido un poco, por lo general un poco más de lo que yo habría pedido.

En cualquier caso, ¿qué se preguntaba en las entrevistas? ¿Y si me pedían hacer algo práctico con el anciano, como dar-

le de comer, bañarle o algo así? Syed había dicho que un cuidador se encargaba de ciertas «necesidades íntimas» (esa expresión me dio un escalofrío). Los deberes del cuidador auxiliar, dijo, eran «un tanto vagos en estos momentos». Me imaginé a mí misma limpiando las babas de la boca del anciano, tal vez preguntando a voz en grito: «¿QUERÍA USTED UNA TAZA DE TÉ?».

Cuando comenzó la recuperación tras el derrame cerebral, el abuelo no era capaz de hacer nada por sí mismo. Mi madre se encargó de todo. «Tu madre es una santa», decía mi padre, lo cual yo venía a interpretar como que le limpiaba el culo sin salir corriendo de la casa entre alaridos. Yo estaba bastante segura de que nadie me había descrito así jamás. Yo le cortaba la comida al abuelo y le preparaba tazas de té, pero, en cuanto a lo demás, no estaba segura de si yo estaba hecha de la pasta que se requería.

Granta House estaba al otro lado del castillo de Stortfold, cerca de las murallas medievales, en ese largo tramo sin asfaltar en el que solo había cuatro casas y la tienda del National Trust, justo en medio de la zona turística. Había pasado ante esa casa millones de veces sin mirarla de verdad. Ahora, al andar ante el aparcamiento y el ferrocarril en miniatura, ambos vacíos y con ese aspecto lúgubre que solo una atracción estival puede tener en febrero, vi que era más grande de lo que me había imaginado, de ladrillo rojo con doble fachada, ese tipo de casas que vemos en los viejos ejemplares de *Country Life* en las salas de espera del médico.

Caminé por la larga entrada para coches, intentando no pensar en si alguien me estaría observando por la ventana. Recorrer una entrada tan larga te pone en desventaja; automáticamente te hace sentir inferior. Mientras meditaba si apartar o no el mechón de la frente, la puerta se abrió y me sobresalté.

Una mujer no mucho mayor que yo salió al porche. Vestía unos pantalones blancos y una chaqueta como de médico y llevaba un abrigo y una carpeta bajo el brazo. Al pasar junto a mí me sonrió con educación.

—Y muchas gracias por venir —dijo una voz desde dentro—. Estaremos en contacto. Ah. —Apareció la cara de una mujer, de mediana edad pero hermosa, con un corte de pelo caro. Llevaba un traje que daba la impresión de costar más que el salario mensual de mi padre.

—Usted debe de ser la señorita Clark.

—Louisa. —Extendí la mano, tal y como mi madre me había pedido que hiciera. En estos tiempos los jóvenes ya no ofrecían la mano, en eso mis padres coincidían. En sus tiempos ni se les habría ocurrido presentarse con un «Eh, ¿qué tal?» y mucho menos con un beso al aire. Esta mujer no tenía aspecto de ver con buenos ojos los besos al aire.

—Bueno. Sí. Entre. —Retiró la mano en cuanto le fue humanamente posible, pero sentí que su mirada se detenía en mí, como si ya estuviera evaluándome.

—¿Le gustaría pasar? Podríamos hablar en el recibidor. Me llamo Camilla Traynor. —Parecía cansada, como si ese día ya hubiera pronunciado las mismas palabras demasiadas veces.

La seguí por una sala enorme con cristaleras que iban del suelo al techo. Unas tupidas cortinas caían con elegancia desde unas barras de caoba maciza y alfombras persas de decoración barroca cubrían los suelos. Olía a cera de abeja y a muebles antiguos. Había elegantes mesillas por todas partes, sobre cuyas superficies bruñidas reposaban cajas decorativas. Me pregunté por un momento dónde diablos dejarían los Traynor sus tazas de té.

—Entonces, ha venido por el anuncio de la Oficina de Empleo, ¿verdad? Siéntese.

Mientras ella ojeaba los papeles de una carpeta, yo eché un vistazo disimulado por la sala. Había pensado que la casa sería un poco como una residencia, todo limpiísimo y muy accesible. Pero esto era más bien como uno de esos hoteles tan lujosos que daban miedo, bañado en dinero heredado, con objetos muy cuidados y de apariencia cara. En un aparador había fotografías con marcos de plata, pero estaban demasiado lejos para distinguir las caras. Mientras la mujer repasaba las páginas, cambié de postura para intentar verlas mejor.

Y fue entonces cuando lo oí: el sonido inconfundible de costuras que se rasgan. Miré abajo y vi un desgarrón entre las dos piezas de tela que se unían a un lado de la pierna derecha, y cómo las hebras de tejido habían pasado a formar un flequillo antiestético. Noté cómo mi cara se ruborizaba.

—Entonces..., señorita Clark..., ¿tiene alguna experiencia con tetrapléjicos?

Me volví para mirar a la señora Traynor, retorciéndome para que la chaqueta cubriera la falda lo más posible.

—No.

—¿Tiene mucha experiencia como cuidadora?

—Hum... En realidad, nunca lo he hecho —dije, tras lo cual añadí, como si oyera la voz de Syed en mi oído—, pero estoy segura de que podría aprender.

—¿Sabe qué es un tetrapléjico?

Titubeé.

—¿Alguien... atrapado en una silla de ruedas?

—Supongo que es una forma de definirlo. Hay varios niveles, pero en este caso estamos hablando de la pérdida completa del uso de las piernas y un uso muy limitado de las manos y los brazos. ¿Eso le molestaría?

—Bueno, no tanto como a él, obviamente. —Sonreí, pero la cara de la señora Traynor no mostró expresión alguna—. Lo siento, no quería decir...

—¿Sabe conducir, señorita Clark?

—Sí.

—¿Tiene el carné en regla?

Asentí.

Camilla Traynor marcó algo en la lista.

El desgarrón crecía. Lo imaginaba avanzando inexorablemente por el muslo. A este ritmo, cuando me levantara parecería una corista de Las Vegas.

—¿Está bien? —La señora Traynor me miraba fijamente.

—Tengo un poco de calor, eso es todo. ¿Le importa si me quito la chaqueta? —Antes de que pudiera responder, me zafé de la chaqueta y la pasé por la cintura, de modo que ocultara la abertura de la falda—. Qué calor —dije, sonriéndole—, al venir desde la calle. Ya sabe.

Se hizo un silencio brevísimo, tras el cual la señora Traynor dirigió la mirada a su carpeta una vez más.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiséis años.

—Y en su anterior trabajo estuvo seis años.

—Sí. Supongo que tiene una copia de mis referencias.

—Mm... —La señora Traynor alzó la hoja y entrecerró los ojos—. Su anterior jefe dice que es usted una «presencia cálida, habladora, que da mucha vida».

—Sí, le pagué.

Una vez más, la cara de póquer.

Oh, diablos, pensé.

Me sentí como si me estuviera estudiando. Y no de un modo amable. De repente, la falda de mi madre parecía barata, con esos hilos sintéticos que relumbraban en la luz tenue. Debería haberme puestos unos pantalones y una camisa menos llamativos. Cualquiera cosa menos este traje.

—Entonces, ¿por qué ha dejado ese trabajo, cuando es evidente que la aprecian tanto?

—Frank, el dueño, ha vendido el café. Es el que está al fondo del castillo. The Buttered Bun. Era —me corregí a mí misma—. Yo habría estado encantada de seguir ahí.

La señora Traynor asintió, ya fuera porque no sintió la necesidad de añadir nada al respecto o porque ella también habría estado encantada si yo hubiera seguido ahí.

—¿Y qué es lo que quiere hacer con su vida, exactamente?

—¿Disculpe?

—¿Aspira a tener una carrera profesional? ¿Sería este empleo un punto de partida hacia algo mejor? ¿Tiene algún sueño laboral que desee hacer realidad?

La miré sin comprender.

¿Era una pregunta con trampa?

—Yo... En realidad, no he pensado en eso. Desde que perdí mi trabajo. Yo solo... —tragué saliva—. Yo solo quiero trabajar de nuevo.

Sonó muy poco convincente. ¿Qué clase de persona iba a una entrevista sin ni siquiera saber a qué quería dedicarse? La expresión de la señora Traynor sugirió que pensaba lo mismo que yo.

Dejó el bolígrafo.

—Entonces, señorita Clark, ¿por qué debería contratarla a usted en lugar de, por ejemplo, a la candidata anterior, que tiene varios años de experiencia con tetraplégicos?

La miré.

—Hum... ¿Quiere que sea sincera? No lo sé. —Su única respuesta fue el silencio, así que añadí—: Supongo que es su decisión.

—¿No me podría dar una sola razón por la que debería contratarla?

La cara de mi madre de repente apareció ante mí. Pensar en volver a casa con un traje echado a perder y otro fracaso en

una entrevista me resultó insoportable. Y en este trabajo pagaban más de nueve libras por hora.

Me incorporé un poco.

—Bueno... Aprendo rápido, nunca me pongo enferma, vivo aquí mismo, al otro lado del castillo, y soy más fuerte de lo que parezco... Probablemente, lo bastante fuerte para ayudar a su marido a moverse...

—¿Mi marido? No es para mi marido para quien va a trabajar. Es para mi hijo.

—¿Su hijo? —Parpadeé—. Hum... No me da miedo trabajar duro. Se me da bien tratar a personas de todo tipo y..., y hago un té de rechupete. —Comencé a parlotear hasta quedarme callada. Pensar que era su hijo me había desconcertado—. Es decir, mi padre no cree que sea la mejor de las referencias. Pero por experiencia sé que hay muy pocas cosas que no pueda arreglar una buena taza de té...

Hubo algo extraño en la forma en que la señora Traynor me miraba.

—Lo siento —balbuceé, al darme cuenta de lo que había dicho—. No quiero decir que eso..., la paraplejia..., la tetraplejia... de... su hijo... se pudiera curar con una taza de té.

—He de decirle, señorita Clark, que no se trata de un contrato fijo. Sería por un máximo de seis meses. Por eso el salario es tan... elevado. Queríamos atraer a la persona indicada.

—Créame, tras haber hecho turnos nocturnos en una fábrica de procesados de pollo, dan ganas de trabajar seis meses hasta en Guantánamo. —*Oh, cállate, Louisa.* Me mordí el labio.

Pero la señora Traynor parecía ensimismada. Cerró la carpeta.

—Mi hijo, Will, resultó herido en un accidente de tráfico hace casi dos años. Necesita cuidado las veinticuatro horas del día, de lo cual se encarga en su mayor parte un enfermero cualificado. Yo he vuelto hace poco al trabajo y necesitamos que

un cuidador le haga compañía durante todo el día, lo ayude a comer y beber, que le eche una mano con lo que sea y que se asegure de que no se hace daño. — Camilla Traynor miró hacia su regazo—. Es de suma importancia que Will tenga a alguien aquí que comprenda esa responsabilidad.

Todo lo que dijo, incluso la forma en que recalcaba las palabras, daba la impresión de insinuar que yo había dicho alguna estupidez.

—Lo entiendo. — Comencé a recoger mi bolso.

—Entonces, ¿acepta el trabajo?

Fue tan inesperado que al principio pensé que no lo había oído bien.

—¿Disculpe?

—Necesitamos que comience lo antes posible. La paga será semanal.

Por un momento, me quedé sin palabras.

—Me prefiere a mí antes que a... — comencé.

—Es un horario muy extenso: de ocho de la mañana a cinco de la tarde, a veces más. No hay un descanso para la comida como tal, aunque cuando Nathan, el enfermero, venga a la hora de comer debería tener una media hora libre.

—¿No necesitará ninguna... atención médica?

—Will dispone de todos los cuidados médicos que podemos proporcionarle. Lo que queremos para él es alguien fuerte... y optimista. Tiene una vida... complicada y es importante que lo animemos a... — Se interrumpió, la mirada clavada más allá de los ventanales. Al fin, se giró hacia mí—. Bueno, digamos que su bienestar mental es tan importante para nosotros como su bienestar físico. ¿Lo comprende?

—Creo que sí. ¿Debo... llevar uniforme?

—No. Nada de uniformes. — Echó un vistazo a mis piernas—. Aunque tal vez convenga que lleve... algo menos revelador.

Miré hacia abajo, donde la chaqueta se había movido, dejando al descubierto una generosa parte del muslo desnudo.

—Lo... Lo siento. Se ha roto. Es que no es mío.

Pero la señora Traynor ya no parecía estar escuchando.

—Voy a explicarle qué debe hacer cuando comience. En estos momentos, no es nada fácil tratar a Will, señorita Clark. Este trabajo le va a exigir más una actitud mental que... cualquier destreza profesional que tenga. Entonces, ¿nos vemos mañana?

—¿Mañana? ¿No quiere...? ¿No quiere que lo conozca?

—Will no está teniendo un buen día. Creo que es mejor que empecemos desde cero mañana.

Me levanté al darme cuenta de que la señora Traynor aguardaba para acompañarme a la puerta.

—Sí —dije, echándome la chaqueta de mi madre encima—. Hum, gracias. Nos vemos a las ocho de la mañana.

Mi madre servía patatas en el plato de mi padre. Puso dos, él la esquivó cogiendo una tercera y una cuarta de la fuente. Ella lo bloqueó, dejó las patatas de nuevo en la bandeja y al fin le pegó en los nudillos con el cucharón cuando mi padre hacía un nuevo intento. En esa pequeña mesa se sentaban mis padres, mi hermana y Thomas, mi abuelo y Patrick, quien siempre venía a cenar los miércoles.

—Papá —dijo mi madre al abuelo—, ¿quieres que te cortemos la carne? Treena, ¿te importa cortar la carne de papá?

Treena se inclinó y comenzó a trocear la carne del plato del abuelo con movimientos diestros. Al otro lado ya había hecho lo mismo para Thomas.

—Entonces, ¿cómo está de mal ese hombre, Lou?

—No puede estar muy mal si están dispuestos a echarle encima a nuestra hija —comentó Bernard. Detrás de mí, la

televisión estaba encendida, de modo que mi padre y Patrick pudieran seguir el partido de fútbol. De vez en cuando se paraban, miraban por encima de mí, con las bocas paralizadas, sin terminar de masticar, mientras contemplaban un pase o una ocasión perdida.

—Creo que es una gran oportunidad. Va a trabajar en una de esas casas grandes. Para una buena familia. ¿Son pijos, cielo?

En nuestra calle «pijo» es cualquier persona en cuya familia ningún miembro haya recibido una sanción por conducta antisocial.

—Supongo que sí.

—Espero que hayas practicado tus reverencias. —Mi padre sonrió burlón.

—¿Lo llegaste a conocer? —Treena se inclinó hacia delante para impedir que Thomas tirara el zumo al suelo con el codo—. ¿Al inválido? ¿Cómo era?

—Voy a conocerlo mañana.

—Qué raro. Vas a pasar el día entero con él, todos los días. Nueve horas. Lo vas a ver más que a Patrick.

—Eso no es difícil —dije.

Patrick, al otro lado de la mesa, fingió que no me oía.

—De todos modos, no vas a tener que preocuparte por el acoso sexual, ¿eh? —dijo mi padre.

—¿Bernard! —exclamó mi madre, con severidad.

—Solo digo lo que piensa todo el mundo. Probablemente, el mejor jefe que podrías encontrar para tu novia, ¿eh, Patrick?

Al otro lado de la mesa, Patrick sonrió. Estaba ocupado en rechazar las patatas, a pesar de la insistencia de mi madre. No iba a tomar carbohidratos este mes, con el fin de prepararse para una maratón a principios de marzo.

—Sabes, estaba pensando, ¿vas a tener que aprender el lenguaje de signos? Quiero decir, si él no puede comunicarse, ¿cómo vas a saber lo que quiere?

—No dijo que no pudiera hablar, mamá. —En realidad, no recordaba *qué* había dicho la señora Traynor. Aún estaba un poco conmocionada por haber encontrado trabajo.

—Tal vez habla con uno de esos aparatos. Como ese científico. El de *Los Simpson*.

—Capullo —dijo Thomas.

—No —dijo Bernard.

—Stephen Hawking —dijo Patrick.

—Ahí está, eso es por ti —dijo mi madre, mirando acusadoramente a Thomas y a mi padre. Era capaz de cortar filetes con esa mirada—. Ya le estás enseñando palabrotas.

—No. No sé dónde lo habrá aprendido.

—Capullo —repitió Thomas, mirando directamente a los ojos de su abuelo.

Treena torció el gesto.

—Creo que me daría un ataque si me hablara con uno de esos cacharros. ¿Te imaginas? *Dame-un-vaso-de-agua* —imitó.

Qué inteligente..., pero no tan inteligente como para no quedarse preñada, como a veces farfullaba mi padre. Fue la primera persona de mi familia que fue a la universidad, hasta que la llegada de Thomas la obligó a dejar los estudios en el último curso. Mi madre y mi padre aún albergaban la esperanza de que algún día traería una fortuna a casa. O que tal vez trabajaría en un lugar con una recepción que no tuviera rejas de seguridad alrededor. Ambas opciones eran válidas.

—¿Por qué iba a hablar como un robot por estar en una silla de ruedas? —dije.

—Pero vas a estar muy cerca de él y a solas. Cuando menos vas a tener que limpiarle la boca y darle bebidas y cosas así.

—¿Y? Ni que tuviera que ser un genio para eso.

—Dice la mujer que solía ponerle a Thomas los pañales al revés.

—Eso fue solo una vez.

—Dos veces. Y solo le has cambiado tres.

Me serví judías verdes mientras me esforzaba en mostrar más confianza de la que sentía.

No obstante, incluso cuando iba en autobús de vuelta a casa, esas mismas ideas habían comenzado a revolotear por mi mente. ¿De qué hablaríamos? ¿Y si se quedaba mirándome, con la cabeza colgando, todo el día? ¿Me daría un ataque de nervios? ¿Y si no comprendía qué era lo que quería? A mí se me daba escandalosamente mal cuidar de las cosas; ya no teníamos plantas en casa, ni animales, tras el desastre de los hámsteres, los insectos palo y Randolph el pececito. Y esa madre tan estirada ¿estaría por ahí a menudo? No me gustaba la idea de sentirme observada todo el tiempo. La señora Traynor daba la impresión de ser el tipo de mujer cuya mirada implacable convertía unas manos hábiles en pulgares.

—Entonces, Patrick, ¿qué piensas de todo esto?

Patrick tomó un largo sorbo de agua y se encogió de hombros.

Fuera, la lluvia golpeaba contra los cristales de la ventana, apenas audible entre el ruido de los platos y los cubiertos.

—Pagan bien, Bernard. Mejor que trabajando por la noche en una fábrica de pollos, en cualquier caso.

Se extendió un murmullo generalizado de asentimiento por toda la mesa.

—Bueno, es curioso que lo mejor que podéis decir de mi nuevo trabajo es que es mejor que arrastrar cadáveres de gallinas por una nave industrial —dije.

—Bueno, siempre cabe la posibilidad de que te pongas en forma mientras tanto y vayas a hacer de entrenadora personal con Patrick.

—Ponerme en forma. Gracias, papá. —Estaba a punto de servirme otra patata, pero cambié de opinión.

—Bueno, ¿por qué no? —Dio la impresión de que mi madre hacía ademán de sentarse: todo el mundo se detuvo un momento, pero no, ya estaba en pie de nuevo, sirviendo al abuelo un poco de salsa—. Tal vez merezca la pena pensar en ello para el futuro. Sin duda, tienes el don de conversar.

—Tiene el don de engordar —resopló mi padre.

—Acabo de conseguir trabajo —dije—. Y, además, que sepas que pagan más que en el que tenía.

—Pero es solo temporal —intervino Patrick—. Tu padre tiene razón. Tal vez sea bueno que te pongas en forma mientras lo haces. Podrías ser una buena entrenadora personal, si le dedicas un poco de esfuerzo.

—No quiero ser entrenadora personal. No me gusta... tanto... brincar. —Entre dientes, insulté a Patrick, que sonrió.

—Lo que Lou quiere es un trabajo donde pueda poner los pies en alto y ver la tele todo el día mientras da de comer al vejestorio con una pajita —dijo Treena.

—Sí. Porque poner dalias mustias en cubos de agua exige un gran esfuerzo físico y mental, ¿verdad, Treen?

—Solo estamos bromeando, cielo. —Mi padre alzó la taza de té—. Es estupendo que hayas encontrado trabajo. Ya estamos orgullosos de ti. Y te apuesto a que, una vez que estés a tus anchas en esa casa enorme, esos capullos no querrán librarse de ti.

—Capullo —dijo Thomas.

—Yo no he sido —aseguró mi padre, masticando, antes de que mi madre abriera la boca.